

ANTE EL MENSAJE DE LA CUMBRE DE LONDRES *

El «Directorate of the rich», así titulado en el comentario de The Economist (14-V-77) a la cumbre de Londres (7-8 mayo 1977), parece que consolida que un número restringido de países «económicamente» importantes sean los que asuman la grave responsabilidad de dirigir al mundo a través de la economía (Cumbres de Rambouillet—XI-1975—, Mundo en honda crisis; de Puerto Rico—VII-1976—, Mundo en su puesta recuperación; Londres, ¿mundo ilusionable?)

El texto del mensaje es corto. No obstante, los temas de que trata y la forma tan habilidosa en sintetizarlos son tan y tan amplios y de tanta gravedad que en esta presentación no podemos analizarlos. No dudamos, empero, que el gran tema será abordado en ulteriores estudios de esta Revista.

Pero si consideramos útil situarlos en la perspectiva de otro evento de trascendencia mundial, puesto que, coincidiendo prácticamente con la Cumbre, nos han llegado casi a la vez la versión en alemán y el texto original en inglés del Tercer Informe al Club de Roma, Re-ideando el Orden Internacional, cuyo objetivo coincide con los propósitos implícitos en las responsabilidades asumidas por los dirigentes de los siete países reunidos en Londres: la visión realística de que el mundo, ante su evidente desorden, requiere ser globalmente reorganizado, para el bien común mundial.

Avancemos, sin embargo, unas consideraciones sobre el Informe Río, titulado Reshaping the International Order, en relación con el Mensaje. A Report the Club of Rome. Jan Tinbergen, Co-ordinator (Hutchison), Londres, 1977, VIII + 326 pp., cuya versión en alemán es más explícita, y dice, en castellano, así: «El Informe Río al Club de Roma. No tenemos más que un solo futuro. Reforma del Orden Internacional Dirección, Jan Tinbergen» (añadimos, el primer premio Nobel de Economía), Obladen, 1977, 356 pp. (Declarando significativamente que se ha impreso ya en papel reciclado.)

* Véase texto en Documentación.

La unidad de los dos eventos de política internacional estriba (tomando las mismas palabras del «Mensaje») en que ambos afirman que es urgente: hallar la mejor manera de promover el bienestar; la necesidad de cooperación entre los Gobiernos; la convicción que todas las cuestiones están ligadas estrechamente y que, por lo tanto, somos interdependientes y hemos de responder colectivamente a los retos del porvenir.

La diferencia, sin embargo, es muy grande,

De una parte, un «Directorate» que emite un breve mensaje, al que podemos similarmente equiparar tanto a la eficiente y célebre ley de Parkinson cuanto a un Sindicato de accionistas que controla una empresa y que, entre ellos, uno o muy pocos controlan a los demás, o bien, con su parecido espíritu, al Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas.

De otra, un libro fruto de dos años de trabajo que aporta estudios competentes y orientaciones muy esclarecedoras sobre las principales problemáticas y fenómenos mundiales, tales como:

La deteriorización del hábitat humano, terrestre y exterior («vivimos en una sola tierra»); recursos oceánicos en minerales duros y alimentos; creciente población a tasas ya muy peligrosas y las graves consecuencias de su concentración urbana, especialmente en el Tercer Mundo («la modernización solía ser sinónima de urbanización, pero en el futuro ya no podrá serlo»); problemas de alimentación, su distribución y ayudas; estrechas relaciones y graves problemáticas de industrialización, comercio y división internacional del trabajo; eficiencia de la técnica y la ciencia ante los profundos cambios que se avecinan; misiones y responsabilidades mundiales de las transnacionales; gravedad de la creciente exhaustación de recursos naturales no renovables; consecuencias graves, tanto de la fabricación y venta de armamento cuanto de la cuantía de sus inversiones.

El contenido analítico de esta nuestra apretadísima enunciación va acompañado de tres «objetivos fundamentales», concomitantes con las dos connotaciones finales del Mensaje de la Cumbre: «mayor democracia, mayor eficiencia y mayor solidaridad» para afrontar «el desafío global del mundo de hoy».

Pero la diferencia no radica en la comparación de un corto mensaje con un denso libro (parte del conjunto culminantes informes y otros textos del Club de Roma). La diferencia es mucho más importante. El mensaje destila la permanencia de las ideologías que han conformado el sistema humano actual, basado primordialmente en la

ciega creencia de indefinido crecimiento del progreso material, mientras que el informe, dirigido por Tinbergen, califica al sistema actual de un «enfermo» que no puede ser curado por contingentes auxilios económicos, por lo cual propugna una revisión de ideologías hacia un nuevo orden mundial. De ahí que afirme que, en esta actual encrucijada, la humanidad «tendrá que aceptar el hecho duro de que quizá contrariamente a tiempos pasados hay un solo futuro para toda ella, pues, de no aceptarlo, no habrá ninguno».

Esta aceptación de que hemos entrado en un nueva Era de Escasez, con todas sus consecuencias para la ya reconocida interdependencia mundial, parece estar también presente en la mente y convenimiento de los participantes del mensaje—aunque dedique atención casi exclusiva a lo financiero y económico—; es por ello que nos place tener la esperanza de que, antes de aparecer este número de nuestra Revista, ese implícito propósito se manifieste en las negociaciones llamadas Norte-Sur para bien del porvenir, tanto de los países más dotados como de los menos dotados, hoy ya en angustiosa situación de supervivencia.

*Así, pues, ante la evidentísima realidad de que estamos ya inmersos en una larga Era de la Escasez (el mundo es limitado) no podemos dejar de señalar la grave responsabilidad de todos los gobernantes que durante esta generación se han sucedido por la creciente y ciega dilapidación de materias primas no recuperables y del petróleo—a precios tan bajos, suscitadores de tasas anuales exhaustivas—; responsabilidad acentuada, puesto que ya desde los años cincuenta la gravedad del fenómeno fue puesta de manifiesto por el profesor de geofísica King Hubbert y luego en su síntesis, registrada mundialmente, en su aportación a la Conferencia Mundial de Población de Belgrado (1965) *, formulando el axioma:*

«En un sistema finito (refiriéndose a la Tierra) es imposible que una cantidad física aumente a un ritmo exponencial constante superior a cero.»

Conclusión decisoria a la pregunta que se plantea: si la industrialización tan acelerada se puede prolongar indefinidamente o bien si se trata de un fenómeno intrínsecamente efímero (unos doscientos años) encuadrado en la larga historia de la Humanidad.

* Cfr. KING HUBBERT (prof. de Geología y Geofísica en la Universidad Standford, Ca.): *Mineral Resources and Rates of Consumption*, en versión al francés, vol. III, *Congrès Mondial de la Population*, 1965, NN. UU., pp. 340-348.

Cfr. también nuestra ponencia a las «Conversaciones de intelectuales de Poblet» (España), «El economista ante el problema de la población», resumen en *Anales de Economía* (Consejo Superior de Investigaciones Científicas), 2.ª época, núm. 18, Madrid, enero-mayo, 1966, pp. 47-61.

ROMÁN PERPIÑA Y GRAU

Los bajísimos precios de la energía petrolífera y su extraordinaria movilidad han sido factor principalísimo de las altas tasas de progreso económico, provocando la universal expansión productiva—no solamente industrial, sino que también agraria—y de comunicaciones. La gravedad del problema al evidenciar su cercano agotamiento, así como carestía y dificultades de sustitución, ha sido confirmada—si aún necesario fuera—por el informe patrocinado por el MIT (Instituto Tecnológico de Massachusetts) (el mismo del modelo mundial para The Limits to Growth), sobre el cual el profesor Wilson, director del equipo, declaró: «El mundo libre debe reducir drásticamente su creciente demanda de energía, abandonar masivamente el petróleo y sustituirlo por otras fuentes de energía. Hay que darse prisa cual urgencia de tiempos de guerra. Si no, será la catástrofe.»

Todos los responsables del mundo, en todos sus ambientes, ¿sabrán meditar decisivamente sus errores ideológicos y adoptar principios universales de verdad hoy desechados y/o escarnecidos? De ellos, los políticos ¿dejarán de hablar y basarse en la tan inconsistente formulación «Relaciones internacionales» en lugar de las normas de Derecho natural, Derecho de gentes o Derecho internacional?

Estamos convencidos de que Raymundo Lulio, Francisco de Vitoria y Hugo Grocio son fundamentos de sabia conducta humana y luces de verdad y que nunca debieron intentarse olvidar ni apagar.

ROMÁN PERPIÑA Y GRAU

ESTUDIOS

